

Noviembre 4, 2000

HACE 60 AÑOS EL AVION “JUAN DEL VALLE”

VOLÓ HACIA LA ETERNIDAD

Por Agustín Saavedra Weise

Nada hacía suponer ese fatídico 4 de noviembre de 1940, que un vuelo más del ajetreado pero todavía bien mantenido y fiel Junker J.B.52, enlutaría a todo un pueblo y mantendría a la nación en vilo durante 14 largos meses. El vuelo del Lloyd Aéreo Boliviano (LAB) con ruta Santa Cruz-Roboré-Corumbá, no llegó jamás a su destino final: se estrelló en las espesuras chiquitanas luego de haber cumplido satisfactoriamente su primer escala.

Hoy, a 60 años de la siempre recordada catástrofe, escribo esta breve nota con sentido homenaje a los caídos y a sus familias, entre las que se cuenta la de este columnista, pues mi abuelo José A. Saavedra Rivero, entonces H. Alcalde Municipal de Santa Cruz, fue una de las infortunadas víctimas.

La tragedia del “Juan Del Valle“ resulta ser hasta ahora uno de los más tristes episodios que registra la aviación nacional. El viaje a la localidad fronteriza de Corumbá tenía como principal objeto asistir a la inauguración de las obras del ferrocarril que luego -en la década de los 50-, uniría a Santa Cruz con el Brasil. En la aeronave se habían embarcado las principales autoridades de Santa Cruz: el Prefecto del Departamento Cnl. Jenaro Blacut, el Alcalde Municipal José A. Saavedra Rivero, el Rector de la Universidad “Gabriel René Moreno“ Dr. Rómulo Herrera Justiniano y su esposa señora Blanca Catera de Herrera, el Contralor Departamental, el vate cruceño Agustín Landívar Zambrana, el Superintendente de la Comisión Mixta y el siempre recordado Dr. Adalberto Terceros Mendivil, todos los cuales integraban el séquito oficial. Pero también viajaron el Dr. Sócrates Barba Caballero, ex-Juez de Vivienda, el mismo que se dirigía a Puerto Suárez para posesionarse como Delegado Nacional en el Oriente; asimismo, la señora Victoria de Lazarte, Don Salomón Aponte, el ingeniero brasileño Dolavela y el mensajero de la Prefectura Lucio Parada. La tripulación se hallaba integrada por el piloto alemán George Jüterbock, el mecánico Lothar Reck y el radiooperador Angel Arellano.

En aquellas épocas pioneras de la aeronáutica boliviana, el accidente enlutó a distinguidas familias cruceñas, dejó prácticamente acéfalo al gobierno departamental y provocó una justificada emoción popular.

Vale la pena recordar que Juan Del Valle fue un mítico español que anduvo buscando plata en el siglo XVI. La historia nos cuenta que en el cerro “Orko-Intijaljata” en la zona de Chayanta, Del Valle encontró una gran veta que supuso era de plata. Rebautizó a la montaña con el nombre de “Espíritu Santo” pero grande fue su decepción al percibir que el mineral encontrado era estaño, en esa lejana época sin valor. Decepcionado, Del Valle abandonó su búsqueda y volvió a España. Pasados más de 300 años, Simón Iturri Patiño siguió el rastro de Juan Del Valle y se topó con el yacimiento estañífero más grande del mundo, en momentos en que ese metal era requerido por todas las industrias. Así comenzó la legendaria vida de Patiño y he aquí que un oscuro personaje perdido en los recodos de la historia, no fue olvidado. Cuando el gran empresario minero donó dos aviones de transporte al iniciarse las hostilidades con el Paraguay en junio de 1932, los bautizó con los nombres de “Huanuni” (una de sus minas) y “Juan del Valle”. Los aviones eran de fabricación alemana y fueron transferidos al Lloyd Aéreo Boliviano luego de haber servido durante todo el tiempo que duró la Guerra del Chaco como transporte militar.

El avión extraviado no fue encontrado, pese a una larga aunque infructuosa búsqueda. Se perdieron así las esperanzas de encontrar eventuales sobrevivientes. La nave cayó en la selva y aparentemente el monte se la tragó para siempre en su insondable espesura.

Transcurridos 14 meses, recién se encontró al avión perdido –que quedó completamente destrozado– cerca de San Ignacio de Velasco. Los restos mortales de los infortunados pasajeros y tripulantes fueron reconocidos por sus efectos personales y mediante peritajes específicos, para luego ser retornados a Santa Cruz, salvo el del brasileño que fue entregado en Corumbá. Al fin, las familias en zozobra pudieron sepultar a sus seres queridos y salir –aunque con pena– de la tremenda incertidumbre a la que estuvieron sometidas durante tanto tiempo. Los viajeros cruceños del Juan Del Valle habían vuelto a su tierra natal...

Escribo estas líneas con sentido recuerdo y como modesto aporte a los actos de remembranza que hoy tendremos cada uno de los descendientes de las víctimas del Juan Del Valle, con especial mención a mi querida familia Saavedra Suárez, a los Terceros Banzer, Herrera Catera y todas las otras distinguidas familias que hoy también recordarán que hace 60 años partió de Santa Cruz un avión –con el nombre de un oscuro aventurero hispano- que se llevó consigo, para siempre, la vida de ilustres ciudadanos en uno de los hitos trágicos que tuvo el desarrollo de la capital oriental, ahora pujante y moderna, en ese entonces apenas un villorrio tropical de 28.000 habitantes, con mucho atraso pero con mucha fe en su futuro. Y ese futuro, que en nuestros días es promisorio presente y porvenir, fue construido en parte por las ilustres víctimas del Juan Del Valle que en esta ocasión recordamos. Que Dios siempre tenga en su gloria a los caídos en la fatídica jornada del 4 de noviembre de 1940.

-----00000-----